

## XXIII

### El hijo sin padre

Acercábase el día de dolor y de afrenta. Andrea, á pesar de las visitas cada vez más frecuentes del bondadoso doctor Luis, á pesar de los afectuosos cuidados y los consuelos de Felipe, se entristecía de hora en hora, como los sentenciados á medida que se aproxima su fin postrero.

El infeliz hermano encontraba algunas veces á Andrea pensativa y temblando... sus ojos estaban secos... pasaba días enteros sin desplegar sus labios; luego, levantándose de súbito, daba dos ó tres paseos precipitados por su aposento procurando, como Dido, salir fuera de sí misma, es decir, salir del dolor que la mataba.

En fin una tarde, al verla Felipe más pálida y atacada de los nervios que de costumbre, envió á buscar al doctor Luis, mandándole que viniese aquella misma noche.

Era el 29 de noviembre; Felipe había tenido habilidad para hacer que Andrea estuviese levantada hasta muy tarde, suscitando una conversación sobre las materias más tristes y reservadas, sobre lo mismo que la joven temía, como teme el herido el contacto de una mano torpe y pesada en su herida.

Estaban sentados á la lumbre, y la criada, als alir para Versalles á llamar al doctor, había olvidado el

cerrar las persianas, de manera que el reflejo de la lámpara, y aun el de la lumbre, iluminaba suavemente la alfombra de nieve que los primeros fríos del invierno habían extendido sobre la arena del jardín.

Felipe dejó llegar el momento en que el ánimo de Andrea comenzaba á tranquilizarse; luego, sin andarse en preámbulos, dijo:

— Querida hermana, ¿has tomado al fin una resolución?

— ¿Sobre qué? respondió Andrea exhalando un doloroso suspiro.

— Sobre... tu hijo, hermana mía.

Andrea se estremeció.

— El momento se acerca, prosiguió Felipe.

— ¡Dios mío!

— Y no extrañaría que mañana...

— ¡Mañana!

— Quizá hoy mismo... querida hermana.

Andrea se puso tan pálida, que asustado Felipe le cogió la mano y se la besó.

La joven se repuso al instante.

— Hermano mío, dijo, no emplearé contigo esas hipocresías que deshonran á las almas vulgares. En mí las preocupaciones del bien se confunden con las del mal; desde que desconfío de lo que es el bien, no conozco ya el mal. Así, no me juzgues con más severidad que á una loca, á menos que prefieras tomar como sería la filosofía que voy á bosquejarte, y que te juro es la expresión exacta y única de mis sentimientos, á la par que el resumen de mis sensaciones.

— Andrea, digas ó hagas lo que quieras, siempre serás para mí la mujer más querida y respetada de cuantas hay en el mundo.

— Gracias, mi único amigo; me atrevo á decir que no soy indigna de lo que me prometes. Soy madre,

Felipe, pero Dios ha querido, ó á lo menos así lo creo, añadió ruborizándose, que la maternidad fuese en la criatura un estado análogo al de la fructificación en la planta. El fruto no viene sino después de la flor; durante la florecencia se prepara y trasforma la planta, porque, á mi modo de ver, la florecencia es el amor.

— Tienes razón, Andrea.

— ¡ Pero yo, prosiguió la joven con viveza, no he conocido preparación ni trasformación alguna ! ; Yo no he amado ni tenido deseos ! mi espíritu y mi corazón están tan vírgenes como mi cuerpo !... Y sin embargo .. ; triste prodigio !... Dios me envía lo que yo no he deseado ni siquiera soñado jamás, siendo así que Dios jamás da frutos al árbol creado para ser estéril... ; Dónde tengo yo la aptitud, los instintos ni aun los recursos ?... La madre que padece los dolores del parto, conoce y aprecia su suerte ; pero yo nada sé, tiemblo si me pongo á pensar, y me acerco á ese momento como si fuera al patíbulo... ; Felipe, yo estoy maldecida !

— ¡ Andrea, hermana mía !

— Felipe, prosiguió la joven con indecible vehemencia, conozco que aborrezco á este hijo... ; Oh ! sí, lo aborrezco, y si es que vivo, recordaré toda mi vida el día en que por la primera vez se despertó en mis entrañas este enemigo mortal que en ellas llevo ; me estremezco aun cuando recuerdo que el movimiento, tan dulce para las madres, de esta criatura inocente encendió en mi sangre una fiebre de cólera, y atrajo la blasfemia á mis labios, hasta entonces tan puros... ; Felipe, yo soy una mala madre !... ; estoy maldecida !

— ¡ Andrea, tranquilízate por el amor de Dios !... No dejes que se extravíe tu corazón ni tu entendimiento. Ese hijo es tu vida y la sangre de tus entrañas, yo le quiero porque es hijo tuyo.

— ¡ Le quieres ! exclamó furiosa y amoratada ; Y te atreves á decirme que quieres mi deshonra y la tuya ! ; Te atreves á manifestarme que amas lo que recuerda un delito, que representa al infame delincuente !... Pues bien, Felipe, ya te he dicho que ni soy hipócrita ni vil : aborrezco á ese hijo, porque no es mío ni yo lo he procurado. ; Lo aborrezco, porque quizá se parecerá á su padre !... ; Su padre ! ; Oh ! un día moriré al tiempo de pronunciar esta palabra terrible ! ; Dios mío, dijo arrondillándose sobre el pavimento, no puedo matar á este niño, porque vos le habéis dado animación ; tampoco he podido matarme á mí misma mientras lo llevaba en mi seno, porque habéis proscrito el suicidio lo mismo que el asesinato ; pero os ruego, os suplico, os conjuro, si sois justo, Dios mío, si os cuidáis de las miserias de este mundo y no habéis decretado que muera de desesperación, después que he vivido en el oprobio y entre lágrimas, á que os llevéis este niño ! ; Dios mío, quitadle la vida ! ; Dios mío, libradme de él, y vengadme !

Su cólera y su unción sublime asustaban ; y á pesar de los esfuerzos que hacía Felipe por contenerla estrechándola entre sus brazos, golpeábase la frente contra las jambas de mármol.

De pronto se abrió la puerta y entró la criada acompañando al doctor, quien desde la primera ojeada adivinó toda la escena.

— Señora, dijo con esa calma propia de los médicos, que impone siempre, á unos sujeción y á otros obediencia ; señora, no exageréis en vuestra imaginación los dolores que vais á pasar.

Luego dirigiéndose á la criada :

— Disponed, le dijo, todo lo que os he encargado por el camino.

En seguida se volvió hacia Felipe.

— Tened vos más juicio que esta señora, y en vez de participar de sus temores ó debilidades, unid vuestros ruegos á los míos.

Andrea se levantó casi abochornada, y Felipe la sentó en un sillón.

Entonces se vió á la enferma ruborizarse y caer de espaldas con una contracción dolorosa; sus crispadas manos se agarraron á los brazos del sillón, y de sus amoratados labios salió el primer quejido.

— Ese dolor, esa caída, esa furia, han anticipado la crisis, dijo el doctor. Retiraos á vuestro cuarto, señor de Taverney, ¡y valor!

Felipe, con el corazón aprimido, se precipitó hacia Andrea, quien había oído, estaba temblando, y levantándose, á pesar del dolor, enlazó sus brazos al cuello de su hermano.

Estrechóle con energía, aplicó sus labios á la fría mejilla del joven, y le dijo en voz baja:

— ¡Adiós!... ¡adiós!... ¡adiós!

— ¡Doctor, doctor! exclamó Felipe desesperado, ¿oís?

El médico separó á los dos desventurados con fuerza, pero con dulzura; volvió á colocar á Andrea en el sillón, llevó á Felipe á su aposento corriendo los cerrojos de la habitación de Andrea, y cerrando puertas, echando las cortinas, sepultó en aquel cuarto toda la escena que iba á pasar entre el médico de la Delfina, una joven y Dios.

Á las tres de la madrugada abrió el doctor la puerta, detrás de la que lloraba y suplicaba Felipe.

— Vuestra hermana ha dado á luz un niño, dijo.

Felipe juntó las manos.

— No entréis, dijo el médico, pues está durmiendo.

— ¿Durmiendo?... ¡Oh! ¿es cierto que duerme, doctor?

— Si no lo fuese, os lo diría lo mismo. Vuestra hermana ha dado á luz un hijo, pero ese hijo ha perdido á su madre... Sino, mirad.

Felipe asomó la cabeza.

— Escuchad su respiración.

— ¡Sí! sí! sí! murmuró Felipe abrazando al médico.

— Ahora ya sabéis que tenemos ajustada una nodriza. Al pasar por Point-du-jour, que es donde vive esa mujer, la advertí que estuviese dispuesta... pero es preciso que nadie más que vos la traiga aquí, y que ella no vea á ninguna otra persona... De consiguiente aprovechad el sueño de la enferma para marchar en el carruaje en que he venido.

— ¿Pero y vos, doctor?

— Tengo en la plaza Real un enfermo casi desahuciado y que padece una pleuresía... Quiero acabar la noche á la cabecera de su cama á fin de presenciar el uso de los remedios y sus resultados.

— ¡Cuidado con el frío, doctor!

— Traigo capa.

— Es que no es muy seguro andar por la ciudad....

— Veinte veces, en el espacio de otros tantos años, me han detenido de noche y siempre he respondido: « Mi amigo, soy médico, y voy á casa de un enfermo... Si queréis mi capa, tomadla; pero no me matéis, pues á no ser por mí se moriría mi enfermo. » Ahora debo añadir, caballero, que hace veinte años que me está sirviendo esta capa, lo cual quiere decir que siempre me la han dejado los ladrones.

— ¿Y mañana, doctor?

— Á las ocho estaré aquí. Adiós.

El médico mandó á la criada lo que tenía que hacer, encargándole se apartase poco del lado de la enferma. Quería colocar al hijo cerca de la madre; pero acor-

dándose Felipe de lo que últimamente le había manifestado su hermana, le suplicó le alejase.

El doctor Luis instaló al niño en el cuarto de la criada, y después se escabulló por la calle de Montorgueil mientras el fiacre llevaba á Felipe hacia la parte de Roule.

La criada se durmió en el sillón junto á su ama.

## XXIV

## El rapto

En los intervalos de ese sueño reparador que sigue á las grandes fatigas, parece que el espíritu ha conquistado un doble poder: la facultad de apreciar el bienestar de la situación, y la de velar por el cuerpo, cuya postración se parece á la muerte.

Andrea, así que recobró el sentimiento de la vida, abrió los ojos y vió á su lado á la criada que estaba durmiendo. En seguida oyó el alegre chisporroteo de la lumbre, y se admiró de aquel silencio que reinaba en la habitación donde todo descansaba como ella.

Aquella inteligencia no era enteramente un estado de vigilia, ni tampoco de sueño, y Andrea se complacía en prolongar ese estado de indecisión y suave somnolencia, dejando á sus ideas brotar sucesivamente en su mente fatigada, como si temiera la invasión súbita de todo su conocimiento.

De pronto llegó á sus oídos á través del tabique de madera un vagido lejano y apenas perceptible.

Aquel ruido causó á Andrea los estremecimientos que tanto la habían hecho padecer, y le excitó el impulso rencoroso que hacía algunos meses enturbiaba su inocencia y su bondad, como un choque entubiau una bebida en el vaso en que reposa la hez.

Desde aquel momento se acabó para Andrea el señor y el descanso; se acordaba, y aborrecía.

Pero de ordinario la fuerza de las sensaciones es proporcionada á las fuerzas corporales. Andrea no sintió ya aquel vigor que había experimentado en la escena de la noche anterior con Felipe.

El gemido del niño le causó primero un dolor de cabeza, y luego cierto malestar... llegando á preguntarse, si Felipe, alejando aquel niño con su delicadeza acostumbrada, no había sido el ejecutor de una voluntad un poco cruel.

La idea del mal que se desea á una criatura, nunca repugna tanto como el espectáculo de este mismo mal; y Andrea, que execraba á aquel niño invisible, aquel idealismo, Andrea, que deseaba su muerte, sintió oír llorar al desventurado.

— Quizá padece, pensó; pero al punto respondió en su interior: ¿Y por qué me he de interesar en los padecimientos de nadie... cuando yo soy la más desgraciada de las criaturas?

El niño lanzó otro gemido más articulado y doloroso. Entonces conoció Andrea que aquella voz parecía despertar en ella otra voz inquieta, y sintió su corazón atraído como por un lazo invisible hacia el ser abandonado que estaba gimiendo.

Lo que había presentido la joven se estaba realizando. La naturaleza había consumado una de sus preparaciones: el dolor físico, este poderoso lazo acababa de soldar el corazón de la madre al menor movimiento de su hijo.

— Es menester, pensó Andrea, que ese pobre huérfano que llora en este momento, no clame venganza al cielo contra mí. ¡Dios ha dado á esas criaturas, apenas nacidas, la voz más elocuente!... Puede una matarlas, es decir, librarlas de los padecimientos, pero no tiene derecho de imponerles un tormento... pues á

tenerlo, no les habría permitido Dios que se quejasen de ese modo.

Andrea levantó la cabeza y quiso llamar á la criada, pero su débil voz no pudo despertar á la robusta aldeana, y ya el niño había cesado de llorar.

— Sin duda habrá llegado la nodriza, pensó Andrea, porque oigo el ruido de la puerta principal... Sí, alguien anda por el cuarto contiguo... y la criatura no se queja ya;... una protección extraña se extiende ya sobre ella y tranquiliza su informe inteligencia. ¡Oh! conque es la madre esa que se encarga del niño!... Por algunos escudos el hijo salido de mis entrañas hallará una madre; y más tarde ese niño, al pasar junto á mí que tanto he sufrido, junto á mí que le he dado la vida con la mía, no me mirará y llamará madre á una mercenaria más generosa en su amor interesado, que yo en mi justo resentimiento. Esto no será así. ¡Yo he sufrido, he comprado el derecho de mirar á esa criatura á la cara... y lo tengo para forzarle á que me ame por mis cuidados, á que me respete por mis sacrificios y dolores!

Y haciendo un movimiento más pronunciado, reunió sus fuerzas y gritó:

— ¡Margarita! Margarita!

La criada despertó pesadamente y sin moverse de su sillón en que la tenía clavada un entorpecimiento casi letárgico.

— ¿Me oyes? dijo Andrea.

— Sí, señora, sí; respondió Margarita que acababa de comprender y se acercó al lecho.

— ¿Queréis beber, señora?

— No.....

— ¿Quizá queréis saber qué hora es?

— No, no.....

Y su vista no se apartaba de la puerta del cuarto contiguo.

— ¡ Ah ! ya entiendo... ¿ queréis saber si ha vuelto vuestro hermano ?

Se veía Andrea luchar contra su deseo con toda la debilidad de un alma orgullosa, y con toda la energía de un corazón ardiente y generoso.

— Quiero, articuló al fin, quiero... Abre esa puerta, Margarita.

— Bien, señora... ¡ Ah, qué frío hace ahí afuera ! ¡ Qué viento, señora ! ¡ qué viento !

Efectivamente, el viento se coló hasta el mismo cuarto de Andrea y agitó la llama de las bujías y de la lamparilla.

— La nodriza habrá dejado abierta alguna puerta ó ventana. Mira, Margarita, porque ese niño... debe tener frío.....

La criada se dirigió hacia el cuarto inmediato.

— Voy á teparle, señora, dijo.

— ¡ No... no ! murmuró Andrea con voz breve y entrecortada ; tráemelo.....

Margarita se paró en medio del cuarto.

— Señora, dijo con dulzura, el señorito Felipe encargó mucho que dejase allí al niño... por temor sin duda de incomodaros ó causaros alguna emoción.

— ¡ Tráeme á mi hijo ! exclamó la madre con una explosión que debió destrozar su corazón, pues de sus ojos, que habían permanecido enjutos aun en medio de sus dolores, se desprendieron dos lágrimas, á cuya vista debieron sonreirse allá en el cielo los ángeles que protegen á los niños.

Margarita penetró en el aposento, y Andrea, reclinada como estaba sobre las almohadas, se tapó el rostro con las manos.

La criada volvió al instante asombrada.

— ¿ Qué hay ? dijo Andrea.

— ¡ Señora, alguien ha venido !

— ¿ Cómo alguien ?

— Señora, el niño no está ahí...

— Efectivamente, dijo Andrea, hace poco que oí ruido y como pasos... Habrá venido el ama mientras tú dormías y no habrá querido despertarte... Pero ¡ y mi hermano ! ¿ dónde está ? Mira en su cuarto.

Margarita corrió al aposento de Felipe ; pero no encontró á nadie...

— ¡ Es extraño, dijo Andrea palpitándole el corazón, que mi hermano haya vuelto á salir sin verme!...

— ¡ Ah ! señora, exclamó de pronto la criada.

— ¿ Qué hay ?

— ¡ Acaba de abrirse la puerta de la calle !

— Mira quién es.

— El señorito Felipe... ¡ Entrad, señorito, entrad !

Efectivamente, el que entraba era Felipe, y detrás venía una aldeana envuelta en un toseco mantón de lana rayada, mostrando esa sonrisa benévola con que las personas asalariadas saludan á sus nuevos amos.

— Hermana, hermana, ya estoy aquí, dijo Felipe entrando en el cuarto.

— ¡ Hermano mío !... ¡ Cuántas fatigas, cuántas penas te estoy causando ! ¡ Ah ! ¿ conquese esa es le ama ?... Temía se hubiese ido...

— ¿ Ido ?... pues si llega ahora.

— Querrás decir que vuelve... Si, aunque andaba muy despacio la oí hace poco.

— No sé lo que quieres decir, hermana, pues nadie...

— ¡ Oh ! te doy las gracias, Felipe, dijo Andrea atrayéndole á sí y recalcando sus palabras ; te doy las gracias por lo bien que auguraste de mí, cuando no has querido llevarte á ese niño sin que yo lo viese...

y le estrechase en mis brazos... Felipe, conocías muy bien mi corazón... Sí, sí, no tengas cuidado, que amaré á mi hijo.

Felipe le cogió la mano y se la llenó de besos.

— Dí al ama que me lo dé, añadió la madre.

— Pero, señorito, dijo la criada, ya sabéis que el niño no está ahí.

— ¡Cómo! ¿qué es lo que dices? replicó Felipe.

Andrea miró á su hermano con ojos extraviados.

El joven corrió hacia la cama de la criada, buscó en ella, y no encontrando nada, lanzó un grito terrible.

Andrea seguía sus movimientos en el espejo, y al verle volver pálido y con los brazos inertes, comprendió la verdad en parte; entonces, respondiendo con un suspiro, como si fuera un eco, al grito de su hermano, se dejó caer sin conocimiento sobre la almohada. Felipe no esperaba aquella nueva desgracia ni aquel dolor inmenso; pero reuniendo toda su energía, consiguió volver á Andrea la vida á fuerza de caricias, consuelos y lágrimas.

— ¡Mi hijo! murmuraba Andrea, ¡mi hijo!

— Salvemos á la madre, dijo Felipe para sí. Hermana, mi buena hermana, no parece sino que todos estamos locos cuando se nos ha olvidado que el doctor se llevó consigo al niño.

— ¡El doctor! exclamó Andrea con el sufrimiento de la duda y la alegría que infunde la esperanza.

— ¡Sí, sí!... ¡Ah! aquí pierde uno la chabeta.

— Felipe, ¿me juras?...

— Querida hermana, tú tienes tan poco juicio como yo... ¿Cómo quieres que ese niño... haya podido desaparecer?

Y mostró una sonrisa fingida, que se comunicó á la nodriza y á la criada.

Andrea se reanimó.

— Sin embargo, dijo, yo he oído...

— ¿Qué?

— Pasos.

Felipe se estremeció.

— Imposible, pues estabas dormida.

— No, no, que estaba despierta. ¡Te digo que he oído pasos!

— Pues bien, has oído á ese bondadoso doctor que habrá vuelto por el niño así que yo me fui, temeroso por su salud... Además, me había hablado de ello.

— Me tranquilizas.

— ¿Y por qué no habías de tranquilizarte siendo una cosa tan sencilla?

— Y entonces, objetó la nodriza, ¿qué hago yo aquí?

— Tiene usted razón; el doctor la aguarda en casa de usted.

— ¡Oh!

— Entonces la está aguardando en la suya. Ya conoces... esta Margarita dormía tan profundamente que no habrá oído nada de lo que decía el doctor... ó que éste no habrá querido decirle nada.

Andrea se quedó más tranquila después de aquella sacudida terrible.

Felipe despidió á la nodriza y dió sus órdenes á la criada; luego, tomando una lámpara, examinó con cuidado la puerta inmediata, halló una puerta del jardín abierta, vió huellas de pasos en la nieve... y las siguió hasta la puerta del jardín que era donde terminaban.

— ¡Son pasos de un hombre! exclamó... ¡Han robado el niño!... ¡Oh! ¡qué desgracia!

**La aldea de Haramont.**

Aquellas pisadas impresas en la nieve eran de Gilberto, quien, desde su última entrevista con Bálamo, llevaba á cabo su tarea de vigilante y preparaba su venganza.

Nada le costó esto, pues á fuerza de palabras dulces y complacencias había conseguido que la mujer de Rousseau no sólo le admitiese, sino que le tomara cariño. El medio de lograrlo era sencillo; de los treinta sueldos diarios que Rousseau pagaba á su copista, el sobrio Gilberto economizaba tres francos por semana y los empleaba en comprar algún regalito para Teresa; unas veces era una cinta para una papalina, otras alguna golosina ó una botella de vino generoso. La buena mujer, sensible á todo lo que lisonjeaba sus inclinaciones ó su orgullo, se habría contentado en caso necesario con las exclamaciones que exhalaba Gilberto en la mesa para elogiar el talento culinario del ama de casa; porque el filósofo ginebrino había logrado que su señora permitiese á su joven protegido sentarse á la mesa; y durante los dos últimos meses, Gilberto, favorecido de ese modo, había economizado dos luises que agregó á su tesoro, el cual dormía bajo su jergón al lado de las 20.000 libras que le diera Bálamo.

¡Pero qué existencia la suya! ¡que firmeza en su

conducta y voluntad! Levantándose al despuntar el día, empezaba por examinar con su infalible vista la situación de Andrea, reconociendo hasta el más ligero cambio que pudiera introducirse en la existencia tan melancólica como regular de la reclusa.

Entonces nada se escapaba á sus ojos: ni la arena del jardín, en la que su penetrante vista media las huellas del pie de Andrea, ni los pliegues de las cortinas cerradas más ó menos herméticamente, siendo para Gilberto un seguro signo del mal humor de su querida el estar entreabiertas, pues Andrea, en sus días de marasmo, ni siquiera quería ver la claridad del cielo... De ese modo sabía Gilberto lo que pasaba en el alma de aquella y en la casa.

También había hallado medio de interpretar todos los pasos de Felipe, y calculando con la perfección que sabía, no se equivocaba acerca de su intención cuando salía, ni acerca del resultado cuando volvía.

Aun llevó su minuciosidad hasta seguir á Felipe una tarde que fué á Versalles á buscar al doctor Luis... Esa visita á aquel sitio había turbado un poco las ideas del vigilante joven, pero cuando, dos días después, vió al médico deslizarse furtivamente en el jardín por la calle Coq-Herón, penetró lo que la antevíspera era un misterio para él.

Gilberto sabía las fechas y no ignoraba que se acercaba el momento de realizar todas sus esperanzas, habiendo tomado todas las precauciones para asegurar el buen éxito de una empresa erizada de dificultades. He aquí cómo combinó su plan:

Los dos luises le sirvieron para alquilar en el arrabal de San Dionisio un cabriolé con dos caballos, que debía estar á su disposición el día que lo pidiese. Además, había explorado las cercanías de París durante tres ó cuatro días de licencia que al efecto se



tomó, en cuyo tiempo pasó á una aldeita del Soissonnais, sita á diez y ocho leguas de París y rodeada de una inmensa selva.

Aquella aldeita se llamaba Villers-Cotterets, y así que llegó á ella se fué en derechura á casa del único escribano de la comarca, llamado maese Niquet.

Gilberto se presentó á este escribano diciéndole que era hijo del administrador de un gran señor que, queriendo hacer bien al hijo de una de sus aldeanas, le había encargado á él el buscar una nodriza para aquel niño.

Según todas las probabilidades, la munificencia del gran señor no debía limitarse al pago de su salario al ama de cría, pues pensaba depositar además en poder de maese Niquet cierta suma para aquel niño.

En vista de esto, maese Niquet, que era padre de res guapos chicos, le indicó en una aldeita llamada Haramont, que estaba situada á una legua de Villers-Cotterets, la hija de la nodriza de sus tres hijos, la cual, después de haberse casado legítimamente en su cuarto de estudio, continuaba el oficio de su señora madre.

Aquella honrada mujer se llamaba Magdalena Pitou; tenía un hijo de cuatro años que presentaba todos los síntomas de una excelente salud, y además acababa de parir otra vez y se hallaba por consiguiente á disposición de Gilberto el día en que tuviese á bien llevar ó enviar su niño de cría.

Tomadas estas disposiciones, Gilberto, siempre exacto, había vuelto á París dos horas antes de expirar el término de su licencia. Ahora, tal vez se nos preguntará porqué Gilberto había elegido el pueblecito de Villers-Cotterets con preferencia á cualquier otro.

En esa ocasión, como en otras muchas, Gilberto había sufrido la influencia de Rousseau.

Este había nombrado un día el bosque de Villers-Cotterets, uno de los más ricos en vegetación que existían, diciendo que en él había tres ó cuatro aldeas escondidas, como nidos, en lo más profundo de la espesura.

Ahora bien, era imposible fuesen á descubrir al hijo de Gilberto en una de aquellas aldeas.

Haramont, sobre todo, había llamado tanto la atención á Rousseau, que el misántropo, el solitario, el ermitaño ginebrino estaba repitiendo á cada instante:

— Haramont es el fin del mundo; Haramont es un desierto, donde se puede vivir y morir como un pájaro, sobre las ramas mientras tenga vida, y bajo el follaje, cuando muera.

También oyó contar Gilberto al filósofo los pormenores de las costumbres de los habitantes de las cabañas, y trasladarlas con esos rasgos de fuego con que animaba á la naturaleza, desde la sonrisa del ama de cría hasta el balido de la cabra, desde el apetitoso olor de la tosca sopa de ajos, hasta los perfumes de las moreras silvestres y los morados brezos.

— Iré allá, dijo Gilberto, y mi hijo crecerá bajo las arboledas en que el maestro ha exhalado deseos y suspiros.

Para Gilberto era una regla invariable cualquier antojo, sobre todo cuando este antojo se presentaba con apariencia de necesidades morales.

Grande fué, pues, su júbilo cuando, anticipándose á sus deseos maese Niquet, le nombró á Haramont como una aldea que convenía perfectamente á sus intenciones.

De regreso á París se ocupó Gilberto del cabriolé.

Este no era nada bonito, pero sí fuerte, que era cuanto necesitaba: los caballos eran unos jacos muy fornidos, y el conductor un mozo de cuadra bastante

zopenco; pero lo que importaba á Gilberto era lograr su fin, y sobre todo no excitar la curiosidad.

Por otra parte, su fábula no causó la menor desconfianza á maese Niquet, pues tenía bastante buena apostura con su vestido nuevo para parecerse al hijo del administrador de un grande, ó á un ayuda de cámara disfrazado de algún duque y par.

Su proposición tampoco inspiró sospechas al conductor del carruaje, pues era el tiempo de las confianzas entre la gente del pueblo y los nobles, y se recibía el dinero con cierta gratitud y sin tomar informes.

Además, dos luises valían por cuatro en aquella época, y en nuestros días nunca viene mal ganar cuatro luises.

El conductor se comprometió pues, con tal que le avisasen con dos días de anticipación, á poner su carruaje á disposición de Gilberto.

Aquella empresa tenía para este joven todo el atractivo que la imaginación de los poetas y la de los filósofos, hadas las dos de muy distinto modo vestidas, prestan á las cosas bonitas y á las buenas resoluciones. Arrebató el hijo á una madre cruel, es decir, sembró la afrenta y el luto en el campo enemigo; luego, variando de aspecto, entrar en una cabaña, en casa de virtuosos aldeanos como los que pinta Rousseau, y depositar en la cuna de un niño, una gran cantidad de dinero; ser mirado como un Dios tutelar por aquella pobre gente, y pasar por un personaje: he aquí más de lo necesario para satisfacer el orgullo, el resentimiento, el amor al prójimo y el odio á los enemigos.

Al fin llegó el día fatal, después de otros diez días que Gilberto pasó entre angustias, y diez noches que estuvo sin dormir. Á pesar del rigor del frío, se acostaba con la ventana abierta, y cada movimiento que

hacia Andrea ó Felipe correspondía con su oído como corresponde la campanilla con la mano que tira del cordón.

Aquel día vió á Felipe y á Andrea hablando junto á la chimenea, y á la criada salir precipitadamente para Versalles, olvidándosele cerrar las persianas. Al instante corrió á avisar á su cochero, y permaneció delante de la cuadra todo el tiempo que duró la operación de enganchar, mordiéndose los puños y crispando sus pies sobre el empedrado para comprimir su impaciencia. Al fin montó á caballo el postillón, y Gilberto subió al cabriolé, al cual mandó parar en la esquina de una callejuela desierta, situada en las inmediaciones de la Alhóndiga.

Después volvió á casa de Rousseau y escribió una carta de despedida al bondadoso filósofo, dando las gracias á Teresa, diciendo que una corta herencia le llamaba al Mediodía; pero que volvería, aunque sin hacer indicaciones terminantes. Luego, con su dinero en el bolsillo y un puñal en el seno, iba á escurrirse á lo largo del canalón, cuando lo detuvo una idea.

¡La nieve!... Absorto Gilberto hacía tres días, no había pensado en esto; pero entonces se le ocurrió que sus pisadas quedarían impresas en la nieve, y como estas pisadas irían á parar á la pared de la casa de Rousseau, sin duda mandarían hacer pesquisas Felipe y Andrea, descubriéndose todo aquel secreto por la coincidencia del rapto con la desaparición de Gilberto.

Era, pues, absolutamente necesario dar la vuelta por la calle Coq-Herón, y entrar por la portezuela del jardín, para lo cual hacía un mes que Gilberto se había provisto de una llave maestra, siendo de advertir que desde aquella puerta arrancaba una senda

empedrada, de suerte que no podía quedar rastro alguno de pisadas.

Sin pérdida de momento emprendió su caminata, llegando precisamente en el momento en que el fiacre que había llevado al doctor estaba parado delante de la entrada principal del palacio.

Gilberto abrió la puerta con precaución, y no viendo á nadie, fué á esconderse en el ángulo del pabellón, cerca del invernáculo.

Terrible fué aquella noche, pues todo lo oyó: los gemidos y los gritos que arrancaban á la madre sus dolores, y los primeros lloros del hijo que acababa de darle.

Sin embargo, apoyado en las desunidas piedras, recibía sin resistirla toda la espesa y dura nieve que caía del oscuro cielo, palpitándole el corazón bajo el mango del puñal que apretaba desesperado contra su pecho, y despidiendo fuego sus ojos sanguinolentos.

Al fin salió el doctor, después de cambiar con Felipe algunas palabras.

Entonces se aproximó Gilberto á la persiana, dejando impresas sus pisadas en la alfombra de nieve que crujió bajo sus pies hasta el tobillo. Vió á Andrea dormida en su cama, á Margarita aletargada en su sillón, y procurando descubrir al hijo junto á la madre, no lo vió.

Al punto comprendió la causa de esto; con lo que, dirigiéndose á la puerta de la gradería de piedra, la abrió, no sin un ruido que le espantó, y penetrando hasta la cama que había sido de Nicole, puso á tientas sus helados dedos sobre la cara del niño, á quien el dolor arrancó los lloros oídos por Andrea.

Luego, envolviendo al recién nacido en una mantilla de lana, se lo llevó dejando la puerta abierta á fin de no redoblar el ruido tan peligroso.

Un minuto después estaba ya fuera del jardín, corria á donde le aguardaba el cabriolé, sacudia al postillón que se había quedado dormido envuelto en su capote, y corriendo la cortina de cuero... mientras que el conductor subía al pescante, le dijo:

— Medio luis de propina, si dentro de un cuarto de hora estamos fuera de la barrera.

Los cabalios que estaban herrados contra el hielo, partieron á galope.